

# Sobre la inconmensurabilidad de paradigmas: una visión crítica

## On the Incommensurability of Paradigms: a Critical Vision

**Gonzalo Ramírez Herrera**

Universidad de Ingeniería y Tecnología, UTEC, Lima, Perú

Contacto: [vramirez@utec.edu.pe](mailto:vramirez@utec.edu.pe)

<https://orcid.org/0000-0002-7274-010X>

### RESUMEN

Este artículo presenta una crítica sistemática a la noción de inconmensurabilidad formulada por Thomas Kuhn en 1962. Sostiene que esta es insostenible tanto en su versión radical como en su formulación moderada, y examina sus implicaciones ontológicas, epistémicas y, especialmente, semánticas. A partir de las objeciones de Davidson, Kripke y Coseriu, el autor cuestiona la viabilidad de los esquemas conceptuales, la constancia referencial y la imposibilidad de traducción entre paradigmas. Además, se formula un argumento que recurre a datos sobre la estructuración lingüística del color y el aprendizaje de relaciones causales en niños, lo que refuerza la idea de una experiencia previa e independiente del lenguaje. Finalmente, se plantea que el lenguaje no solo proviene de la experiencia, sino que también permite al sujeto salir del paradigma cultural o teórico desde el cual opera. Esta posibilidad de autorreflexividad y contrastación empírica —a través de los enunciados básicos— ofrece una vía para superar conflictos de inconmensurabilidad local sin apelar a posiciones relativistas.

**Palabras clave:** Inconmensurabilidad; Thomas Kuhn; paradigmas; esquema conceptual; Donald Davidson.

### ABSTRACT

This article offers a systematic critique of Thomas Kuhn's 1962 concept of incommensurability, arguing that it is untenable in both its radical and moderate formulations. The discussion addresses its ontological, epistemological, and especially semantic dimensions. Drawing on the contributions of Davidson, Kripke, and Coseriu, the paper challenges the feasibility of conceptual schemes, the constancy of reference, and the supposed impossibility of translation across paradigms. Additionally, it introduces an original argument supported by linguistic data on color categorization and children's acquisition of causal reasoning, reinforcing the view that experience precedes and transcends language. The article further contends that language enables subjects to step beyond their cultural or theoretical paradigms to critically analyze them. This capacity for reflexivity and empirical contrast —through the use of basic statements— provides a compelling avenue for addressing localized instances of incommensurability without resorting to conceptual relativism.

**Keywords:** Incommensurability; Thomas Kuhn, Paradigms; Conceptual Scheme; Donald Davidson.

## 1. Introducción

La presente investigación constituye un acercamiento crítico a la noción de inconmensurabilidad propuesta por Kuhn en 1962. Consideramos que es una noción insostenible tanto en su versión radical como en la moderada. Así ponemos en cuestión las versiones ontológicas, epistemológicas y, sobre todo, semánticas de este concepto. Nuestras críticas iniciales reposan sobre los alcances que Davidson, Kripke y Coseriu han hecho sobre el tema: el primero con su crítica a la idea de esquema conceptual, el segundo sobre la constancia de la referencia mediante designadores rígidos y, el tercero, sobre las posibilidades de la traducción. Aportamos también con un argumento que utiliza información sobre la organización de colores en las lenguas del mundo, el aprendizaje de relaciones causales en los niños y en el uso de enunciados básicos para la resolución del problema de la inconmensurabilidad entre teorías.

Para llevar a cabo este trabajo, primero explicaremos los alcances centrales de Kuhn sobre esta noción. Luego presentaremos las perspectivas críticas a este concepto desde los tres autores mencionados. En un tercer momento reformularemos las críticas planteadas y aportaremos con un argumento desde nuestra postura sobre el tema: esta establece que el lenguaje permite al sujeto salir del mismo y volver al lenguaje. Cerraremos el trabajo con la revisión de las conclusiones alcanzadas en el desarrollo.

## 2. ¿Qué es la inconmensurabilidad?

Entendemos por inconmensurabilidad a la ausencia de un lenguaje o medida neutro para hacer una evaluación racional y objetiva entre dos paradigmas científicos mediados por una etapa de ciencia revolucionaria (Kuhn, 2007, p. 265). Por lo cual, para Thomas Kuhn, y según Andrés Rivadulla, “ni el recurso a la experiencia, ni el recurso a la argumentación lógica, constituyen instancias determinantes para la elección racional entre teorías separadas por una revolución científica” (2003b, p. 238; cfr. También Rivadulla, 1986 y 2003b).

Para Kuhn la inconmensurabilidad es una noción central y de gran alcance, ya que caracte-

riza la forma que toma la relación entre dos paradigmas antagónicos separados por un período de ciencia revolucionaria (Kuhn, 2007, pp. 186-187. Véase también Chalmers, 2000; Pérez Ransanz, 1999).

Esta noción es una crítica a dos aspectos centrales de la visión positivista de la ciencia (Lakatos, 1982, p. 156): a saber, a) la idea de que existe un lenguaje común y neutral que permite traducir, y con ello reconocer, logros en modelos científicos distintos y antagónicos; y b) la idea de que la ciencia progresa por acumulación. Con relación al primer aspecto, se puede indicar que si el nuevo modelo de ciencia es radicalmente distinto al anterior, no se podrán traducir, y menos reconocer, sus alcances a otro modelo. Ello por los presupuestos implicados en cada marco: si uno, por algún aspecto ontológico, epistemológico o semántico, no entiende los argumentos de otro modelo, no podrá captar la conclusión y aporte de tal propuesta. Sería un diálogo difícil entre los partidarios de paradigmas distintos, y la elección de un modelo como el nuevo e imperante no respondería a criterios lógicos claros. En relación con el segundo aspecto, podemos indicar que la idea de progreso por acumulación, idea defendida por el positivismo clásico, queda descartada si es que, del paso de un modelo a otro, la renovación de perspectiva es radical: según Kuhn, los logros de un modelo pierden vigencia y sentido si son trasladados a un marco distinto. Se trataría del reinicio del trabajo científico desde un nuevo paradigma.

## 3. Tipos de inconmensurabilidad

En *La estructura de las revoluciones científicas*, publicado el año 1962, Kuhn asume que el problema de la inconmensurabilidad tiene tres aspectos comprometidos en su definición: uno ontológico, otro epistémico<sup>1</sup> y finalmente uno semántico. A continuación, revisaremos cada uno de estos con detalle y observaremos cómo este problema es tratado en la actualidad principalmente por la tercera ruta.

El primer aspecto implicado en la tesis de Kuhn es el ontológico. Como indica nuestro filósofo, “[...] los cambios de paradigma hacen que los científicos vean de un modo distinto el

mundo al que se le aplica su investigación” (2007, p. 212). La idea central en este aspecto es que los esquemas conceptuales, marcos teóricos —o más específicamente en nuestro caso, paradigmas científicos— contribuyen en la constitución de la estructura causal del mundo: la realidad y los objetos del mundo dependen del marco conceptual desde donde se observa. De manera implícita, se asume que la realidad y los objetos cambian su estatus si es que el marco conceptual varía también. Kuhn explica este punto en la siguiente cita:

El historiador de la ciencia puede sentir la tentación de proclamar que cuando cambian los paradigmas, *el mundo mismo cambia con ellos*. Guiados por un nuevo paradigma, los científicos adoptan nuevos instrumentos, miran en lugares nuevos y, lo que resulta más importante, durante las revoluciones [los científicos] *ven cosas nuevas y diferentes* cuando miran con instrumentos familiares en lugares en los que ya antes habían mirado. Parecería más bien como si la comunidad profesional hubiese sido transportada repentinamente *a otro planeta*, en el que los objetos familiares se viesan bajo una luz diferente, estando además acompañados por otros que no resultan familiares. [...] Con todo, *los cambios de paradigmas hacen que los científicos vean de un modo distinto el mundo, al que se aplica su investigación*. En la medida en que su único acceso a dicho mundo es a través de lo que ven y hacen, *podemos estar dispuestos a afirmar que tras una revolución los científicos responden a un mundo distinto*. (2007, p. 212; cursivas nuestras)

Para Kuhn, lo que vemos no depende solo de aquello que miramos, sino también de nuestra experiencia previa visual y conceptual:

Al explorar la rica bibliografía experimental [...], surge la sospecha de que la propia percepción tiene como prerrequisito [*sic*] algo similar a un paradigma. Lo que ve una persona depende tanto de a qué mira como también de qué le ha enseñado a ver su experiencia visual y conceptual previa. (2007, p. 215)

Esta es nuestra guía y, por lo tanto, científicos formados en paradigmas distintos ven cosas y relaciones distintas:

[...] Por consiguiente, en tiempos revolucionarios, cuando cambia la tradición de la ciencia normal, la percepción que tiene el científico de su medio ha de reeducarse; en algunas situaciones familiares, ha de aprender a ver una nueva *Gestalt*. Una vez que lo hecho, el mundo de su investigación parecerá ser aquí o allá *inconmensurable* con aquel que habitaba antes. (Kuhn, 2007, p. 213; cursivas nuestras)

Kuhn sostiene que “un sistema taxonómico” es una propuesta ontológica que aspira dividir las entidades en categorías con muchas características comunes, unas conocidas y otras por averiguar, “dado que es inducida mediante la presentación de ejemplos paradigmáticos y no de definiciones” (Solís Santos en Kuhn, 2007, p. 39). En este mismo sentido, el mundo es categorizado de manera distinta y nuestra percepción del mismo cambia también, por lo cual —y como indica la cita— cuando “cambian los paradigmas, *el mundo mismo cambia con ellos*”. Esto desemboca, como ya se ha mencionado, en el problema de la ausencia de una instancia neutral para elegir entre diferentes formas de organizar el mundo. Así, “al practicar en mundos distintos, ambos grupos de científicos ven cosas distintas cuando miran desde el mismo lugar en la misma dirección” (Kuhn, 2007, p. 267). En resumen y parafraseando a Kuhn, los científicos de marcos distintos viven en *mundos distintos* (Kuhn, 2007, p. 212).

El segundo aspecto implicado en la tesis de la inconmensurabilidad es el epistemológico. Según este, los seguidores de paradigmas rivales discrepan acerca de los problemas que un paradigma ha de resolver. Asimismo, tienden a discutir sobre la definición y estándares de ciencia que manejan, de sus métodos y de lo que se considera verdadero o aceptable: “dado un paradigma, la interpretación de los datos resulta central en la empresa que lo explora” (Kuhn, 2007, p. 228). Este aspecto alude “a los principios inherentes a un paradigma que determinan lo que debe ser considerado como un problema admisible y como una solución legítima a ese problema” (Fernández Moreno, 1995, p. 445). Como podemos ir vislumbrando, en este aspecto hace alusión a que

[...] las operaciones y las mediciones están determinadas por el paradigma de manera mucho más clara que la experiencia inmediata de la que en parte derivan. La ciencia no se ocupa de todas las posibles manipulaciones de laboratorio, sino que, por el contrario, selecciona aquellas pertinentes para yuxtaponer el paradigma a la experiencia inmediata que el paradigma ha determinado en parte. (Kuhn, 2007, pp. 233-234)

En este punto, Kuhn parece no solo sostener que el mundo de los científicos ha cambiado, sino, sobre todo, que la manera en que este es interpretado lo ha hecho también. Esto parece llevarse al extremo en el siguiente comentario: en la medida, “tan importante como incompleto, en que dos escuelas científicas discrepan acerca de qué es un problema y qué es una solución, será inevitablemente que mantengan un diálogo de sordos cuando discutan los méritos relativos de sus respectivos paradigmas” (Kuhn, 2007, p. 210). Este aspecto tiene como consecuencia que los estándares, al ser distintos, esgriman verdades distintas que, a la vez, como mencionamos, pertenecen a mundos distintos: “los paradigmas suministran a los científicos no sólo un mapa, sino también algunas directrices esenciales para llevar mapas” (Kuhn, 2007, p. 210). En resumen,

[...] al aprender un paradigma, el científico aprende a la vez, y normalmente de manera inextricable, teorías, métodos y normas. Por consiguiente, cuando cambian los paradigmas, se dan usualmente desplazamientos importantes en los criterios que determinan la legitimidad tanto de los problemas como de las soluciones propuestas. (Kuhn, 2007, p. 210)

Por este motivo, “una ley que para un grupo de científicos ni siquiera puede ser demostrada, a veces para otro puede parecer intuitivamente obvia” (Kuhn, 2007, p. 267). Entonces para Kuhn, si un científico cambia de paradigma, cambia de mundo y, a la vez, sus estándares de verdad para hacer ciencia.

Por último, el tercer aspecto está en el plano semántico del problema. Kuhn indica que un nuevo paradigma incorpora algunos términos del

modelo anterior. Una vez en este, los conceptos y experimentos ya existentes entran y generan nuevas relaciones. Esto modifica el significado que tenían antes de pasar al nuevo modelo (Kuhn, 2007, p. 265). Estas modificaciones conllevan a que la comunicación entre paradigmas sea difícil, fragmentaria o parcial: “el resultado inevitable de ello es lo que podríamos llamar, por más que la expresión no sea del todo correcta, un malentendido entre las dos escuelas rivales” (Kuhn, 2007, p. 265). Este problema de comunicación inicial tiene como consecuencia teórica inmediata reconocer la ausencia de un lenguaje neutral que pueda mediar entre paradigmas antagonistas. Como indica Luis Fernández Moreno, “algunas expresiones comunes a paradigmas sucesivos aparecen en ellos con significados diferentes, de manera que, en opinión de Kuhn, no hay un lenguaje común en el que paradigmas sucesivos puedan ser formulados” (1995, p. 445). Según Donald Davidson, acá inconmensurable es el término que utiliza Kuhn, y también Feysabend, para decir “*no intertraducible*” (1974, p. 12).

Ahora bien, ¿a qué se debe este cambio o pérdida de significado? Kuhn indica que dicha pérdida tiene lugar por el cambio en las categorías taxonómicas que establecen los modelos de ciencia. La propuesta busca ser ilustrativa con el siguiente caso:

El niño transfiere la palabra “mamá” de todos los humanos a todas las mujeres y luego a su madre, no se limita a aprender lo que significa “mamá” o quién es su madre, sino que está aprendiendo a la vez algunas de las diferencias que hay entre machos y hembras, así como algo acerca de cómo se relaciona con él una sola de entre todas las mujeres. (Kuhn, 2007, p. 237)

De manera que el sujeto aprende no solo términos, sino las relaciones de semejanza y de diferencias, y ciertos comportamientos en torno a estos objetos y “como consecuencia de ello cambian sus reacciones, sus expectativas y sus creencias, y sin duda gran parte del mundo que percibe” (Kuhn, 2007, p. 237). Esta organización de la experiencia inducida por la organización semántica es a lo que se refiere con cambios en

las taxonomías. Así, vemos que los “paradigmas determinan al mismo tiempo grandes áreas de la experiencia” (Kuhn, 2007, p. 237).

En resumen, este cambio en la clasificación de los objetos supone una alteración en las pautas básicas de semejanza y diferencia. Lo mismo representa un cambio en un tipo de conceptos que Kuhn denomina inicialmente “conceptos de clase” y que luego, en los años ochenta, denominaría como “categorías taxonómicas” (Kuhn, 2007, p. 268; Pérez Ransanz, 1999, p. 193). En un sentido muy puntual, para Kuhn el cambio se da tanto en la intensión como en la extensión de los términos, al ser términos interdependientes desde su perspectiva. Este último aspecto, el semántico, es el de mayor relevancia en la actualidad por su alcance a otros ámbitos más allá de lo científico, y será justamente el que mayor atención atraerá para sus críticos (Davidson, 2003, pp. 72-73; Dohmen, 2003, pp. 6-9).

#### 4. Críticas a la inconmensurabilidad

En este apartado presentaremos tres posiciones críticas sobre el tema de la inconmensurabilidad. La primera es de Donald Davidson, quien plantea una crítica a la idea de “esquema conceptual” (1974); la segunda es el aporte de Saul Kripke (y en parte, Putnam) desde su “teoría causal de la referencia” (1985) y, finalmente, la de Eugenio Coseriu (1997) desde sus alcances para el tema de la traducción.

##### 4.1. Davidson y el relativismo puesto en cuestión

Para empezar, Davidson define esquema conceptual de la siguiente manera:

Nos dicen que los esquemas conceptuales son modos de organizar la experiencia, sistemas de categorías que le dan forma a los datos de la sensación, puntos de vista desde los cuales los individuos, las culturas y las épocas escrutan lo que pasa ante ellos. Quizá los esquemas no puedan traducirse entre sí, en cuyo caso las creencias, los deseos, las esperanzas y los conocimientos que caracterizan a una persona no tendrían un verdadero equivalente en aquellos que cuentan con un esquema diferente. La realidad misma es relativa con respecto a los esquemas: lo que

cuenta como real para un esquema puede no serlo para otro. [...] Incluso aquellos pensadores que están seguros de que solo hay un esquema conceptual se encuentran bajo el influjo del concepto de esquema: hasta los monoteístas tienen religión. (1974, p. 5)

Para este autor, un esquema conceptual es la estructura total de significados en los cuales consiste un lenguaje, y se encargaría, según sus defensores, de organizar nuestra experiencia. Similar a unos lentes para apreciar la realidad, los esquemas conceptuales organizan lo que los sentidos ponen delante de uno. Ello presume que sería imposible salir de este, ya que la red semántica organiza nuestra visión y la haría incomparable con otra por carecer de un punto de vista neutro que haga de juez. En tal sentido, es posible equiparar las consecuencias de la noción de esquema conceptual con lo que la versión semántica de la inconmensurabilidad de Kuhn produce.

Davidson denominó, siguiendo a Quine, “tercer dogma del empirismo” a la dicotomía epistemológica que hay entre lo dado por la experiencia y el esquema mediante el cual estructuramos esta información (1974, p. 11; 2003, p. 83). Esta es una visión dualista del conocimiento que presupone la existencia de diversos esquemas conceptuales, así como que la propia percepción de la realidad es relativa al esquema conceptual desde donde se observe. Para Davidson, el relativismo conceptual sería la teoría donde una persona o grupo de personas (culturas, comunidades, científicos, etc.) tienen esquemas conceptuales distintos en los cuales no se pueden sobreponer, produciendo la denominada inconmensurabilidad (1974, p. 6; 2003, p. 90).

Davidson se encuentra en clara oposición a esta dicotomía y de manera radical al relativismo. No la cuestiona para su ampliación o modificación, ni tampoco busca advertir que existe un solo esquema conceptual, sino más bien busca su disolución. Si dicha crítica es acertada, cae consigo la idea de que la realidad, la experiencia o la verdad puedan relativizarse, porque no existiría ningún punto desde donde estas ideas puedan hacerlo. Es decir, si su crítica es acertada echa abajo “el tercer dogma” antes mencionado (Davidson, 1974, p. 11).

Para empezar, una crítica general a la inconmensurabilidad radical, según Davidson, la eliminaría sin más. Ello porque tanto el científico, el historiador de la ciencia o el filósofo de la ciencia, al declarar que dos teorías son inconmensurables, estarían asumiendo, para Davidson, necesariamente haber comprendido las mismas para advertir este carácter. Es decir, es necesario haber entendido incluso solo un paradigma para dar cuenta de la inconmensurabilidad que entraña; pero esto, curiosamente, trae abajo a la noción misma. Pone ejemplos muy puntuales: con Whorf indica que transmite, sin problemas, los contenidos hopi en inglés, su lengua materna; Kuhn no presenta problemas al describirnos cómo eran las cosas antes de la revolución usando su esquema y lenguaje posrevolución científica; Quine nos aproxima con claridad a la fase preindividuadora de nuestro esquema conceptual y Bergson nos dice a dónde ir para obtener la visión de una montaña sin distorsiones (Davidson, 1974, p. 6; Quine, 2001 a y b). En un sentido semántico, advertir esta imposibilidad de traducción es contradictoria, porque implicaría haber traducido previamente.

Sin embargo, Davidson busca analizar con mayor detalle estas propuestas para reconocer el error que implican. Para ello, revisará la denominada versión completa y parcial de la inconmensurabilidad. Así lo advierte en la siguiente cita:

Consideraremos ahora dos tipos de casos que se podría esperar que surgieran: imposibilidades (*failures*) completas y parciales de traducibilidad. Habría imposibilidad completa si ninguna gama significativa de oraciones de un lenguaje pudiera traducirse a otro; habría imposibilidad parcial si alguna gama pudiera ser traducida y otra no (no consideraré posibles asimetrías). Mi estrategia será argüir que no podemos dar sentido a la imposibilidad total para después examinar con mayor brevedad casos de imposibilidad parcial. (Davidson, 1974, p. 7)

Primero, Davidson aborda la versión fuerte del relativismo relacionado con la intraducibilidad de los lenguajes. Esto quiere decir que dos personas tendrán esquemas conceptuales distintos si sus lenguajes son intraducibles: “Es

posible aceptar la doctrina que asocia tener un lenguaje con tener un esquema conceptual. La relación podría ser esta: allí donde los esquemas conceptuales difieren también lo hacen los lenguajes” (1974, p. 6). Segundo, y esto se sigue de lo anterior, sería posible pensar en lenguajes intraducibles entre ellos, sustentando, claro, la idea de que se sostienen esquemas conceptuales distintos. Según Davidson, la intraducibilidad total es imposible de sostener, ya que, si reconocemos algo como conducta lingüística, asumimos, de partida, que dicha conducta se puede traducir a nuestro lenguaje. En sus propias palabras:

En primer lugar, por tanto, consideremos los supuestos casos de imposibilidad total. Es tentador adoptar un enfoque rápido: podría decirse que nada puede contar como indicio de que algún tipo de actividad no se puede interpretar en nuestro lenguaje que no sea al mismo tiempo un indicio de que ese tipo de actividad no es comportamiento lingüístico (*speech behaviour*). Si esto fuera correcto, probablemente tendríamos que mantener que un tipo de actividad que no puede ser interpretada como un lenguaje desde nuestro lenguaje no es comportamiento lingüístico. (Davidson, 1974, p. 7)

En segundo lugar, Davidson aborda la versión débil. En esta reconocemos que pueden existir problemas de traducción parcial o local. Para Davidson, es posible que algunos elementos de un lenguaje presenten dificultad para su traducción. Estos establecen vínculos con otros elementos entre de una red semántica y pueden complicar su comprensión si es que uno proviene de un esquema conceptual, si es que existe, distinto. Pero Davidson reconoce que, si se identifica un cuerpo de elementos de difícil traducción, se cuenta ya con un número amplio de elementos sobre los cuales sostenerse y aplicar una traducción, o, más realísticamente, un intento inicial que luego puede irse afinando.

Para cerrar este punto podemos indicar lo siguiente: en primer lugar, Davidson nos ha demostrado que la idea de inconmensurabilidad desde un inicio no se sostiene. En segundo lugar, la versión fuerte de la misma no es sólida porque, si reconocemos algo como conducta lingüística,

debe ser traducible. En tercer lugar, indica que sí es posible la presencia de problemas en la traducción, pero estos no son insalvables: ya contamos con un número importante de términos que pueden servir de base para intentar traducir los más complicados.

#### **4.2. La teoría causal de la referencia de Kripke y la defensa de Putnam**

Kripke defiende la idea de que los nombres propios y nombres en general son “designadores rígidos” (1985, p. 24), esto es, un elemento léxico que designa al mismo objeto en todos los mundos posibles. Asimismo, un objeto designado en un mundo no tiene que existir en todos (Kripke, 1985, p. 114). Rígido acá quiere decir que mantiene la misma referencia en todos los mundos posibles en nuestro lenguaje cuando hablamos de situaciones contrafactuales. Así, tanto los nombres propios como los nombres en general, sirven para fijar una referencia dentro de nuestro discurso (Kripke, 1985, p. 113). Esta referencia no varía, pero sí lo que se puede predicar sobre ella. En estas situaciones, usamos nuestros significados y nuestras referencias.

Ahora bien, la referencia de un nombre propio está determinada por el hablante que pasa esa referencia y quien la ha recibido por tradición. Es posible que en un “bautismo inicial” se utilice una descripción o propiedad para fijar la referencia, pero solo en ese momento inicial (Putnam, 1984, p. 30). Así, la referencia está determinada y se mantiene por una cadena causal de comunicación. Entendemos por causal al hecho de que el referente muestre comportamientos similares bajo ciertas condiciones y que este comportamiento pueda reconocerse a un nivel de estereotipo y no de esencias. Una descripción definida u ostensión puede ser usada para fijar la referencia de un nombre en este bautismo inicial, pero no siempre que se use la palabra.

En términos sencillos, de acuerdo con Kripke y Putnam, un nombre es una etiqueta que se adjunta a una cosa como producto de una historia que comienza con un acto de bautismo inicial (Kripke, 1985, p. 103; Putnam, 1984, p. 362) y que la misma se mantiene por “la tradición de eslabón en eslabón” (Kripke, 1985, p. 113). Determinamos

la referencia al dejar que alguien nos la muestre o use en un contexto específico, como al ponerle el nombre de pila a una persona.

Para Kripke, esta teoría que aplica a nombres propios también aplica a clases naturales (1985, p. 122). Ello asume que las clases naturales existen y pueden ser nombradas. Kripke (1985) y Putnam (1984, p. 326) proponen que, si alguien nombra una clase natural, ese nombre particular se referirá a esa clase natural, tal cual un nombre propio. Ello no significa que quien nombre sabe todo acerca de dicha clase natural: puede fijar dicho referente con alguna descripción definida, de manera ostensiva o a partir de un rasgo prototípico y así el término entra en el juego.

Para Putnam (1984, pp. 369-370), un término de género natural es introducido en un “bautismo inicial”, normalmente en presencia de objetos o entidades del género. La extensión del término incluirá a todos los objetos del mismo que compartan sus propiedades subyacentes. Los términos de género natural son transmitidos por los hablantes presentes en el “bautismo inicial”, que incluirá al introductor y a los introductores del término y a otros hablantes, estableciendo una cadena causal de comunicación. Newton-Smith comenta lo siguiente sobre la propuesta:

El enfoque que Putnam apoya en la singularización de una descripción privilegiada a usar en el esquema recibe el nombre de enfoque histórico-causal. Según esta explicación, a lo que un usuario del lenguaje entiende referirse mediante el término carga eléctrica es a aquello que fue responsable del efecto citado en el acto original de introducir el término en el lenguaje, dado que el uso corriente se vincula al “bautismo” original de la magnitud en cuestión a través del tipo adecuado de cadena casual. (1987, p. 184)

Un ejemplo que puede ayudar en este punto es la palabra “oro” (Kripke, 1985, p. 125). Kripke indica que si bien puede ser difícil determinar qué es un metal, porque pueden existir descripciones fenomenológicas y químicas del mismo, sí podemos decir que el “oro” es amarillo, al menos a un nivel de prototipo. Ahora bien, Kripke (1985, p. 124) imagina que hemos

descubierto que por una ilusión óptica el oro no es amarillo sino azul. La conclusión no sería, “no hay oro”. Solo concluiríamos que esa propiedad no le pertenece al término que hemos adquirido justamente para referirse al oro. Con esto hemos descubierto ciertas propiedades del oro, sumadas a las que fueron usadas como marcas identificatorias en el bautismo inicial. Actualmente, podemos conocer más sobre dicho objeto, pero esto no niega el uso de una persona que no conozca a profundidad el objeto. Asimismo, tanto el que conoce a profundidad, como el que conoce a nivel de estereotipo, pueden reconocer propiedades similares de este objeto y usar la palabra para referirse al mismo.

Hillary Putnam parte del supuesto de que la realidad y lo que hay en el mundo está organizado en géneros naturales, al margen de las clasificaciones que hagamos a partir de nuestras experiencias y experimentos (1984, p. 369). Si se acepta esta teoría, se asume que los científicos de distintos paradigmas hablan de los mismos objetos, solo que tienen distintas teorías sobre ellos, las cuales pueden ser verdaderas o falsas.

En relación con la inconmensurabilidad de Kuhn, Putnam añade que debemos interpretar a los científicos del pasado como si sus términos hubieran referido a las mismas entidades a las que se refieren actualmente los términos, al menos a un nivel de prototipos (1984, p. 367). Así, para Putnam, la referencia de los términos no cambia necesariamente si cambia el marco teórico donde estos aparecen (1984, p. 367). Esta idea, desde su formulación, es adoptada como una crítica a la inconmensurabilidad.

Como se puede apreciar, la teoría de Putnam y Kripke recae en un tipo de referencialismo, pero que no agota a sus referentes ni puede vincularse con un esencialismo platónico. Dicha teoría, entonces, supera sin problemas el tema de la inconmensurabilidad semántica entre teorías. Asimismo, parecen sugerir que, dentro del uso del lenguaje, la importancia recae en la inferencia que uno articula en torno a diversos particulares y no al conocimiento profundo de cada término en cuestión.

#### 4.3. Coseriu y el asunto de la traducción

Coseriu expone dos posiciones sobre el tema de la traducción e indica además que las dos son equívocas por no comprender el trabajo de traducción en sí mismo:

Algunos lingüistas y filósofos del lenguaje sostienen que la traducción exacta y cabal es imposible (la traducción sería, sí, una necesidad práctica, pero, al mismo tiempo, constituye una imposibilidad teórica); y, ello, o bien porque las lenguas no estructuran del mismo modo sus significaciones, por lo cual ninguna lengua podría “decir” (“significar”) exactamente lo dicho por otra lengua, o bien porque los hablantes de una comunidad lingüística atribuirían connotaciones cada vez particulares y específicas a las expresiones de su lengua [...]. Otros lingüistas y filósofos consideran, por el contrario, que, de hecho, todo lo que se dice en una lengua puede decirse también en otras lenguas; por consiguiente, admiten la posibilidad ilimitada de la traducción y de ésta deducen la esencial universalidad de las significaciones y del pensamiento lingüístico. (1997, p. 166)

Coseriu reconoce que las lenguas estructuran sus significaciones de modo particular, pero no afecta de ningún modo a la traducción, “ya que en la traducción no se trata de decir lo que ‘dicen’ las lenguas (= significaciones), sino de decir lo que se dice en los discursos *por medio* de las lenguas” (Coseriu, 1997, p. 166; cursivas del original).

La dificultad mencionada no constituye un límite racional de la traducción. Al contrario: es la condición esencial de su existencia; de otro modo, la traducción no sería sino la sustitución mecánica de signos y no traducción. En tal sentido, importante para nosotros, la traducción no es transposición de elementos y, por lo tanto, no es proceso simétrico de lengua a lengua: “sólo puede hacerse de un modo razonable y prácticamente fructífero en una sola dirección (por ejemplo, del español al inglés o del inglés al español), y no en ambas direcciones a la vez, ni paralelamente” (Coseriu, 1997, p. 184).

En el contenido expresado lingüísticamente, indica Coseriu, hay que distinguir tres estratos: el significado, la designación y el sentido.

- a) El significado es el contenido de los signos y de las construcciones de una lengua en cuanto lo dado por las oposiciones semánticas que funcionan en la lengua considerada; es la posibilidad de designación en cuanto delimitada por estas oposiciones. Esto es, cada lengua estructura sus significados de manera distinta. Si un grupo de hablantes no tiene necesidad de designar a un tipo de animal específico porque este no pertenece a su entorno, no tendrá dicha significación y la red de significados será distinta a otra que sí lo tenga. En efecto, las lenguas no emplean necesariamente significados ‘homólogos’ para las mismas designaciones; o, dicho de otro modo: las lenguas no clasifican siempre necesariamente bajo significados homólogos los mismos “hechos”.
- b) La designación es la referencia a la “realidad” (cosa, hecho) o situación extralingüística, o esta misma realidad o situación en cuanto pensada y nombrada por un signo o por una construcción (en rigor, por un significado de la lengua). Un teléfono celular es el referente o designación de “móvil” y “cell” para otros.
- c) Y el sentido es el contenido correspondiente a la intención o al objetivo del discurso o de un fragmento de discurso. Acá Coseriu apunta:

Ahora bien, el ‘contenido textual’ consta únicamente de designación y sentido; [*sic*] éstos son, por tanto, los contenidos que constituyen el objeto inmediato de la operación traductora, es decir, que deben ser transferidos en la traducción. Los significados, en cambio, no pertenecen al contenido textual: su papel, en el texto, es sólo el de expresar designación y sentido; y, en cuanto ‘hechos de lengua’ no se traducen: son los *instrumentos* de la traducción, es decir, de la transferencia de la designación y del sentido. (1997, p. 170; cursivas del original)

Dicho de otro modo: la equivalencia de traducción no se establece sino a través de la designación, que debe ser identificada para poder ser traducida.

Las equivalencias de traducción son, desde luego, equivalencias entre significados, ya que son los significados los que, en los discursos, son los portadores de los contenidos textuales (y por ello el traductor debe conocerlos). Pero no implican la identidad de los significados empleados, ya que solo se trata de equivalencias con respecto a tal o cual designación genérica o concreta (a veces, incluso singular) o con respecto a tal o cual sentido, en los discursos o en tal o cual discurso particular.

Estas se establecen siempre a través de la designación y del sentido: aun en la traducción aparentemente ‘inmediata’, jamás se pasa directamente de significado a significado.

Coseriu indica que la operación traductora se desarrolla siempre en dos fases. En una primera etapa —fase de interpretación— se identifican la designación y el sentido nombrados por el significado A; en la segunda —fase ‘onomasiológica’ o de denominación—, se trasladan la designación y el sentido ya identificados al significado B.

En la primera fase, se ‘desverbaliza’: nos preguntamos cuál es el hecho extralingüístico o el contenido de pensamiento nombrado por el significado A; en la segunda, se ‘reverbaliza’: nos preguntamos cuál es el significado de la lengua B que (en el mismo contexto) nombra (o podría nombrar) el mismo hecho extralingüístico o el mismo ‘contenido de pensamiento’ (ideas, sentimientos, actitudes, etc.):

De manera más contundente, se puede decir que en la primera fase se *desidiomatiza*: se sale de la lengua A para ir hacia la realidad y el pensamiento expresados en el texto; y en la segunda fase se *idiomatiza*: se vuelve al lenguaje y se otorga a la realidad y al pensamiento identificados en el contenido del texto la forma que les corresponde (o les correspondería) en la lengua B [...]. La mayoría de los ‘errores’ de traducción se deben a una desidiomatización incompleta (motivo de calcos lingüísticos) o a una idiomatización equivocada. (Coseriu, 1997, pp. 171-172; cursivas del original)

En consecuencia, dentro de la traducción hay que distinguir (sin separarlos) dos tipos esencialmente diferentes: la transposición, como técnica que establece, para el contenido de un texto, equivalencias interidiomáticas, y la versión, que crea o construye correspondencias estrictamente textuales, no interidiomáticas —aun cuando se realicen en gran parte con la materia de la lengua B—, para todo aquello que excluye la transposición. Hasta aquí hemos hablado de equivalencias interidiomáticas que, en principio, existen, que son incluso “usuales” y que el traductor debe conocer de antemano, o debe buscar. Pero, en la práctica de la traducción se comprueba a menudo que, en la lengua a la que se quiere traducir (“lengua B”), no hay equivalencia exacta para tal o cual designación (porque, aun tratándose de una realidad bien conocida, la lengua en cuestión presenta a este respecto una ‘laguna’ de estructuración semántica), o que no la hay en modo alguno, porque la comunidad de esa lengua desconoce el ‘hecho’ designado o porque, ya en la lengua A, se trata de una creación lingüística propia del autor del texto por traducir. En todos los casos en que es indispensable (por ser la única traducción posible), la versión no tiene límites racionales y sí solo límites empíricos que caracterizan el trabajo de la traducción.

En nuestro trabajo, podríamos hacer la siguiente adaptación: la transposición consistiría en el primer paso para la comprensión entre modelos y atendería a lo que Kuhn comprende como “lo que se mantiene” en el paso de un modelo a otro, mediado por una revolución. El segundo paso corresponde al trabajo que sugiere Davidson para los casos de inconmensurabilidad local: hay un trabajo de comprensión y de superación de la aparente imposibilidad inicial, no sin un esfuerzo de por medio.

Para cerrar este punto, vale mencionar lo siguiente: Coseriu caracteriza a la traducción como un proceso no mecánico de transposición, no simétrico, y que implica comprensión para la superación de dificultades, teniendo siempre a la realidad o el hecho como elemento de juicio sobre el acierto al traducir. Quizá esta idea de realismo, la existencia de una realidad independiente de nuestras maneras de nombrarla, sea el factor

común a estas tres críticas a los esquemas, al sentido y a la imposibilidad de la traducción.

## 5. Un argumento

En la sección siguiente presentaremos un argumento contra la inconmensurabilidad. Este presupone que el lenguaje proviene de la experiencia y permite, a su vez, afinar nuestras teorías sobre el mundo desde esta experiencia<sup>2</sup>.

### 5.1. *El lenguaje proviene de la experiencia*

Si reducimos el problema de la inconmensurabilidad a un problema semántico, podemos echar mano de la información relacionada con la adquisición del mismo para dar luces sobre el problema. En el siglo XIX, tuvo repercusión la tesis de Wilhelm von Humboldt (1990), quien planteaba que las lenguas organizaban la realidad de una manera particular y que dicha organización tenía repercusión en la forma de pensar del hablante. Asimismo, Benjamin Whorf (1971) adoptó la idea suscribiendo que las lenguas determinan nuestras percepciones (Marina, 1999, p. 191). Este es el vínculo con el relativismo que algunos autores reconocen en Kuhn (Davidson, 1974, p. 5). La posmodernidad afirma en la misma línea que los límites de nuestro lenguaje son los límites de nuestro pensamiento (Lyotard, 1977). Las tres posiciones suponen que las lenguas son una especie de “anteojos” con los que vemos la realidad, metáfora ya usada en nuestra exposición. Por lo tanto, según esta teoría: diferentes lenguas, diferentes cristales en los anteojos.

La pregunta aquí es: ¿determina nuestro lenguaje nuestra percepción del mundo? Nuestra respuesta, desde la revisión realizada, es no. Pero tenemos dos argumentos más para apoyar esta postura: el lenguaje de los colores y el aprendizaje de relaciones causales en el lenguaje de homínidos.

Para la física, los colores son franjas del espectro electromagnético que desencadenan la experiencia del color. El ojo humano puede percibir hasta siete millones de colores. Las lenguas del mundo, a su vez, tienden a segmentar este espectro de manera particular. Por ejemplo, las lenguas románicas organizan diez campos de color: blanco, negro, rojo, azul, verde, amarillo, gris, marrón, rosa y violeta. Los últimos tres no existieron en

la época del latín y son innovaciones comunes en las lenguas románicas ya más cercanas a nuestro tiempo. Las organizaciones de los colores varían de lengua en lengua, como es evidente. Por ejemplo, y a modo de contraste con las lenguas romances, los dani de Nueva Guinea usan solo dos palabras para hablar del espectro en general. Con estos simples datos, es evidente que las diferencias en la estructuración cultural de los colores no guardan relación con la percepción de los colores. “El léxico codifica aspectos del color que ya son notorios para el sujeto en lugar de volver notorios esos aspectos” (Gardner, 1996, p. 371). Una persona puede percibir los colores, y la realidad que esto implica, sin que sus categorías lingüísticas hayan codificado dicho elemento. Entonces podemos afirmar que nuestros sentidos están por encima de la clasificación léxica que se realice.

La pregunta siguiente es: ¿la organización cultural de los colores es arbitraria? Si esto fuese así, dejaríamos abierta la puerta al relativismo y llegaríamos a pensar que la cultura, o nuestro paradigma, determina nuestras percepciones, tal cual lo hacían las versiones ontológicas y epistemológicas de la inconmensurabilidad temprana de Kuhn. Sería abrir la posibilidad al relativismo, porque así cada cultura seleccionaría los colores a ver, incluso una persona lo podría hacer.

Desde los años setenta, y tras examinar más de noventa idiomas, Brent Berlin y Paul Kay (1969, p. 10) llegaron a ciertas conclusiones sobre el tema. Para empezar, sean o no mezquinas las lenguas con el nombre de los colores, estas siempre abarcan todo el espectro cromático. Asimismo, se concluyó que existen once puntos referenciales para el color, incluso en las lenguas donde no tienen términos léxicos para nombrarlos. Una vez sobre esta base, el detalle, aumento o reducción de términos para los colores se sigue sistemáticamente. Es decir, existe una “jerarquía implicativa”: solo pueden aparecer colores de cierto tipo si es que antes están otros más básicos (Berlin y Kay, 1969, pp. 17-23). Esta jerarquización es universal y está en relación con nuestra percepción antes que con la organización cultural que propone nuestra lengua. Ello quiere decir que la percepción del color es más importante que la segmentación cultural a la que está sometida.

¿Cómo funcionan estas jerarquías implicativas? La idea presupone que una lengua solo tendrá, por ejemplo, el color morado codificado en su léxico, si antes tenía el azul, el blanco y el rojo. Podemos indicar entonces que el léxico del color no determina la experiencia, pero su organización manifiesta los intereses del grupo cultural que las ha planteado siguiendo patrones universales (Berlin y Kay, 1969, pp. 22-23). Es decir, no es una clasificación arbitraria.

Aterrizando dicha idea al tema científico, podemos indicar lo siguiente. La experiencia anterior nos demuestra que por más distantes que se encuentren dos modelos de ciencia, entendidos en este caso como “los colores del cristal” que impone una lengua particular sobre la experiencia, la realidad no deja de ser percibida: esta nos sirve como marco de referencia para la comparación, prueba y para el posterior trabajo de traducción. En esta medida, el sujeto puede salir del lenguaje hasta la experiencia previa al lenguaje para poner en cuestión al mismo lenguaje. En el trabajo científico, las teorías deben contar con la realidad y los resultados de las aplicaciones a la misma como elemento para el contraste. Además, este procedimiento aplica para explicar el constante cambio que implica usar una lengua: cambia porque el mundo cambia y las palabras, siendo en forma las mismas, modifican su contenido por referirse a situaciones nuevas siempre.

Por otro lado, tenemos la experiencia de los seres humanos. Puntualmente a la experiencia inicial de los niños prelingüísticos. Según Jhon Macnamara, los niños aprenden su lenguaje determinando primero el significado que el hablante intenta generar en el oyente, y luego estableciendo una relación entre dicho significado y el lenguaje que está aprendiendo (1984, pp. 189-191). Ello quiere decir que los niños etiquetan experiencias, pero estas se establecen e identifican al margen del lenguaje: es necesario el código lingüístico para hablar de dichas experiencias, pero no es necesario el mismo para aprenderlas. Puesto en términos sencillos y a partir de las investigaciones de Macnamara (1984, 1987): los niños aprenden las relaciones causales antes de tener un lenguaje para hablar de ellas (cfr. También Macnamara y Reyes 1994).

## 5.2. *El lenguaje nos permite analizar el marco de referencia o paradigma*

La cultura, la lengua o el paradigma —sin duda— influyen en nuestra experiencia, conduciéndonos de manera más o menos automática dentro del marco que establecen. Esto tiene lugar por una cuestión de costumbre, pero esta siempre es variable y moldeable. Sin embargo, ello no implica postular un esquema conceptual cerrado y determinado, sino un conjunto de pautas afianzadas en la costumbre, pero nunca cerradas e inamovibles. La evidencia está a la mano: las personas cambian de paradigmas científicos a través de los años, los hablantes adquieren segundas lenguas con bastante precisión en su uso y, como anotaba Davidson, advertimos la “inconmensurabilidad” hablando de lo que es inconmensurable sin muchos problemas.

No obstante, y esta es la idea central de dicho argumento, el lenguaje también posibilita un análisis fino y detallado del origen de nuestras creencias, de la misma manera que el léxico nos permite ir más allá del léxico (Marina, 1999, p. 199). Esto permitirá establecer qué es lo que le pertenece a nuestra cultura, lengua o paradigma y qué nos pertenece como seres humanos. Puesto en un lenguaje que no peque de reduccionista, es una salida para contrastar alcances experimentales propiamente.

Quizá la manera más evidente de llevar esta idea al plano científico, la de que el lenguaje puede analizar nuestro paradigma, sea el tratamiento de los enunciados básicos (Anderson, 1987). Esta es una propuesta temprana de Karl Popper (2003), que sospechamos, no ha perdido su vigencia, pero sí ha gozado de poca atención en el ámbito de la filosofía de la ciencia. Veamos. Según Anderson (1987), la inconmensurabilidad se puede diluir o superar mediante el análisis de enunciados básicos. Podemos definir un enunciado básico como una unidad de experiencia describible en un enunciado observacional, en cuya verdad los científicos pueden estar de acuerdo (Popper, 2003, p. 90):

[...] los enunciados básicos tienen que satisfacer las siguientes condiciones: a) no se podrá deducir enunciado básico alguno a partir de

un enunciado universal no acompañado de condiciones iniciales; y b) un enunciado universal y un enunciado básico han de poder contradecirse mutuamente. La condición b) puede satisfacerse únicamente si es posible deducir la negación de un enunciado básico de una teoría a la que este contradiga; y a partir de esta condición y de la de a) se sigue que todo enunciado básico debe tener una forma lógica tal que su negación no pueda ser, a su vez un enunciado básico. (Popper, 2003, pp. 96-97)

Existe solo un camino para asegurarse de la validez de una cadena de razonamientos lógicos y es el de ponerla en la forma más fácil de contrastar: la descomponemos en muchos pasos pequeños y sucesivos, fácilmente comprobables por quienquiera esté impuesto en la técnica lógica o matemática de transformar cláusulas. Si después de hecho esto alguien sigue planteando dudas, “lo único que podemos hacer es pedirle que señale un error en algún paso de la demostración o que vuelva a estudiarla de nuevo” (Popper, 2003, p. 95). Como se puede apreciar, este trabajo de reducción se concentraría en los casos de inconmensurabilidad local e implicaría un trabajo de comprensión del problema empírico en cuestión.

Algo importante que parece estar presente en Davidson, Putnam, Kripke y Coseriu, y comprendemos con claridad, es la presencia de la realidad como juez de estos alcances. En tal sentido,

[p]ara una solución crítica y objetivista del problema de los enunciados básicos es esencial que estos sean intersubjetivamente testeables. Si alguien se interesa por el problema de si hay o no en este momento un rinoceronte en mi garage [*sic*] puede empezar por probar por sí mismo el enunciado básico correspondiente mediante la observación de mi garage [*sic*]. (Anderson, 1987, p. 82)

No reconocemos otra salida al problema, ya que mantener el sentido diádico que Kuhn parece imprimir al problema de la inconmensurabilidad nos evita salidas claras. Con sentido diádico nos referimos a comparar modelos científicos entre ellos y reconocer sus equivalencias o desacuerdos. Ese camino no es el recomendado. Por lo tanto, la manera en que deseamos introducir a la realidad

en la disputa es a través de estos enunciados básicos. Por consiguiente:

La estrategia general para solucionar el problema de la inconmensurabilidad es la siguiente: si en la discusión crítica de teorías rivales se sostienen diferentes tipos de enunciados básicos, entonces la derivación de enunciados básicos debe proseguir hasta que se alcance un nivel común de discusión. Si las teorías son realmente rivales, siempre podrá encontrarse un mencionado nivel común. Por consiguiente el problema de la inconmensurabilidad puede resolverse mediante la deducción de enunciados básicos posteriores y aproblemáticos. (Anderson, 1987, p. 87)

Un ejemplo propuesto, rescatado por Anderson, y que aparece en la exposición de Kuhn es el caso de Urano, antes concebido como estrella y luego concebido como planeta. Kuhn cuenta que Herschel observó una anomalía, algo que no encajaba con la hipótesis de que Urano fuese una estrella. Esta anomalía es la forma del disco de Urano, que Herschel fue el primer científico en observar. Como se sabe, las estrellas están tan lejos que son puntiformes cuando se observan con el telescopio. Por lo tanto, la forma de disco percibida no cuadraba con las observaciones y los enunciados básicos que existían sobre Urano. Con los conocimientos sobre las estrellas, y que estas son puntiformes cuando se observan con el telescopio, el enunciado básico de que “Urano tiene forma de disco” contradice el enunciado básico previo, es decir, que Urano es una estrella. Herschel observó que no es puntiforme, por lo tanto, no puede ser una estrella.

Este análisis de Kuhn demuestra lo que es una anomalía. Asimismo, muestra que una anomalía constituye un nuevo enunciado básico, también. Este nuevo enunciado básico, el que Urano tenga forma de disco, si lo observamos con un telescopio, es testable intersubjetivamente y aproblemático.

En resumen, asumimos que el lenguaje no es necesario para aprehender experiencias; de la misma manera, el lenguaje es en sí mismo una herramienta para el análisis de los mismos términos y creencias. Siempre tomando en cuenta a

la realidad y los resultados eficientes de nuestras hipótesis que tienen lugar en esta.

## 6. Algunas conclusiones

El presente trabajo ha alcanzado las siguientes conclusiones:

Se define inconmensurabilidad como la ausencia de medida común para la evaluación racional de dos teorías mediadas por una etapa de ciencia revolucionaria, como fue definida por Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*.

La inconmensurabilidad es central en Kuhn porque ataca dos presupuestos centrales dentro de la tradición positivista: la idea de que todo alcance científico puede ser trasladado a diversos lenguajes, y que la ciencia avanza por acumulación. Para Kuhn, los alcances científicos no siempre son traducibles sin pérdida de un paradigma a otro y, además, si los cambios de paradigmas se describen como saltos abruptos donde además los alcances de una ciencia normal no son compaginables con los de otra ciencia, no es posible hablar de logros acumulativos, ya que cada cambio implicaría una vuelta a cero.

La teoría de la inconmensurabilidad implicó inicialmente aspectos ontológicos, epistémicos y semánticos. Este último es el aspecto que se conserva en las discusiones actuales y es atribuido a un cambio en las categorías taxonómicas que los paradigmas científicos establecen. En este punto es posible llevar el problema de la inconmensurabilidad más allá del ámbito científico.

Davidson nos ha demostrado que la idea de inconmensurabilidad total es insostenible: se autoelimina. Una versión radical de la misma no se sostiene por no concebirse un lenguaje que lo sea y no pueda ser traducible. Una versión local, es decir problemas de traducción con algunos términos, es posible, pero estos no son insalvables: si hay términos que ya pueden traducirse se pueden utilizar de base para traducir los más difíciles.

La teoría de Putnam y Kripke es una teoría de la referencia directa. Dicha teoría, supera sin problema el tema de la inconmensurabilidad

semántica entre teorías porque un designador rígido se mantiene incluso cambie el mundo posible. Asimismo, ambos autores parecen sugerir que, dentro del uso del lenguaje, la importancia recae en la inferencia que uno articula en torno a diversos particulares y no al conocimiento profundo de cada término en cuestión.

- Coseriu caracteriza la traducción como un proceso no mecánico de transposición, no simétrico, y que implica comprensión para la superación de dificultades, teniendo siempre a la realidad o el hecho como elemento de juicio sobre el acierto al traducir. En tal sentido, asume a la comparación como el paso previo y a la comprensión como la herramienta para llevar a cabo traducciones adecuadas.
- A estas críticas, sumamos un argumento: el lenguaje proviene de la experiencia y nos remite a la misma, y que el lenguaje proviene de

la experiencia y nos permite analizar al paradigma de referencia como tal para su análisis. El primer punto lo sustentamos con las denominadas jerarquías implicativas que existen para organizar los términos de color, así como que los niños aprenden relaciones causales antes de hablar. El segundo punto lo defendimos con la presentación de los enunciados básicos y su contraste, como el camino para superar anomalías y problemas con los modelos explicativos sobre la realidad.

- Para nosotros, un punto central es el acercamiento o comparación no interteórica o diádica, sino triádica. Ello nos permite poner a la realidad como juez de los diversos problemas de conmensurabilidad local que se presenten. Asimismo, la mejor manera que hemos encontrado para introducir este elemento en la discusión son los enunciados básicos sobre los fenómenos.

---

## Notas

- 1 En este punto, nosotros sintetizamos también lo que algunos autores denominan aspecto metodológico de la inconmensurabilidad.
- 2 No obstante, y esta es la idea central de dicho argumento, el lenguaje también posibilita un análisis fino y detallado del origen de nuestras creencias, de la misma manera que el léxico nos permite ir más allá del léxico (Marina, 1999, p. 199).

---

## Referencias bibliográficas

- Andersson, G. (1987). Enunciados básicos e inconmensurabilidad. *Teorema: Revista Internacional de Filosofía* 14(1-2), 79-90. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4243622.pdf>
- Berlin, B. y Kay, P. (1969). *Basic Color Terms; their universality and evolution*. University of California Press.
- Chalmers, A. (2000). ¿Qué es esa cosa llamada ciencia?. Siglo XXI.
- Coseriu, E. (1997). Alcances y límites de la traducción. *Lexis* 21(2), 163-184. <https://doi.org/10.18800/lexis.199702.001>
- Davidson, D. (1974). On the very idea of a conceptual scheme. *Proceedings and Addresses of the American Philosophical Association* 47, 5-20. <https://doi.org/10.2307/3129898>
- Davidson, D. (2003). *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Cátedra.
- Dohmen, T. (2003). *Kuhn's Incommensurability Thesis*. [Tesis de doctorado]. Departamento de Filosofía, Universidad de Utrecht.
- Fernández Moreno, L. (1995). La noción de inconmensurabilidad en Kuhn. *LLULL: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*. 18, 441-456.

- Gardner, H. (1996). *La nueva ciencia de la mente. Historia de la revolución cognitiva*. Paidós.
- Humboldt, W. von. (1990). *Sobre la diversidad de la estructura del lenguaje humano y su influencia sobre el desarrollo espiritual de la humanidad*. Anthropos.
- Kripke, S. (1985). *El nombrar y la necesidad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kuhn, T. (2007 [1962]). *La estructura de las revoluciones científicas* (3.ª edición). Fondo de Cultura Económica.
- Lakatos, I. (1982). *Historia de la ciencia*. Tecnos.
- Lakatos, I. (1983). *La metodología de los programas de investigación científica*. Traducido del inglés por Juan Carlos Zapatero, editado por John Worall. Alianza editorial.
- Lyotard, J-F. (1987). *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*. Traducción de Mariano Antolín Rato. Cátedra.
- Macnamara, J. (1984). *Names for things. A study of Human learning*. The MIT Press.
- Macnamara, J. (1987). *The Bilingual's Linguistic Performance. A Psychological Overview*. McGill University.
- Macnamara, J. y Reyes, G. (Eds). (1994). *The Logical Foundations of Cognition*. Oxford University Press.
- Marina, J.A. (1999). *La selva del lenguaje. Introducción a un diccionario de los sentimientos* (5a Edición). Anagrama.
- Newton-Smith, W. H. (1987). *La racionalidad científica*. Traducción de Marco Aurelio Galmarini. Paidós.
- Pérez Ransanz, A. (1999). *Kuhn y el cambio científico*. Fondo de Cultura Económica.
- Popper, K. (2003). *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- Putnam, H. (1984). El significado del significado. *Teorema* 14(3-4), 345-405.
- Quine, W. (2001a). *Acerca del conocimiento científico y otros dogmas*. Paidós-ICE.
- Quine, W. (2001b). *Palabra y objeto*. Traducción de Manuel Sacristán. Herder.
- Rivadulla, A. (1986). *Filosofía Actual de la Ciencia*. Tecnos.
- Rivadulla, A. (2003a). Inconsensurabilidad y relatividad. Una revisión de la tesis de Thomas Kuhn. *Revista de Filosofía*, 28(2), 237-259. <https://revistas.ucm.es/index.php/RESF/article/view/RESF0303220237A>
- Rivadulla, A. (2003b). *Revoluciones en Física*. Trotta.
- Whorf, B. (1971). *Lenguaje, pensamiento y realidad: selección de escritos*. Barral.